http://dx.doi.org/10.12795/Habis.2015.i46.01

Máximo Brioso Sánchez
(1939-2015)

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ
(1939-2015)

IN MEMORIAM

Empecé estas notas en un palacio de Nápoles, abierto a la luz y a la brisa de esta ciudad de ruido y sensaciones agudas, como en otra Sevilla, aún más bulliciosa y desordenada, y las termino frente el Guadalquivir, en el mismo sillón en el que mi padre pasó miles de horas de gozosa lectura.

Todos los muertos, por el hecho de serlo, son excepcionales. Basta con morirse para que hablen de uno, casi siempre sin decir nada que valga la pena. Porque ver morir a otro es morir uno un poco, y esa sensación un tanto amarga se quiere endulzar con palabras cálidas, pero a menudo vacías, que simplemente llenan el interminable silencio que deja detrás el que se ha ido.

Es duro escribir estas páginas. Es duro recordar, y en especial invocar a alguien que no quería estar en boca de los demás, siempre delicadamente reticente y reservadísimo, un Cáncer tímido y lleno de pliegues. Un ser humano que tachaba las dedicatorias de mis tesis, a él dirigidas, que hubiese suprimido sin titubear esta misma página que escribo y que seguramente habría preferido que su necrológica fuese un silencio, un blanco, un paréntesis, y a poder ser no demasiado largo. Alguien que evitaba la frase ampulosa, la retórica, el autoelogio o la presunción; que sabía que la vanidad es vulgar y que la vulgaridad es imperdonable. Echaremos de menos, los que de verdad lo conocimos, justamente sus muchas fintas para no salir en las fotos, para no quedar mal, para no ofender, para no llevar traje ni corbata, para no figurar en parte alguna.

¿Por dónde empezar entonces? ¿Qué decir de alguien así? Quizás trazar una semblanza algo más cercana y recordar matices, consejos, guiños cómplices, algunas pequeñas astucias y muchas conversaciones.

Hace setenta y cinco años, mi abuelo Benito era un pequeño propietario rural y negociante onubense que representaba, en los pueblos serranos, las máquinas

Singer, que compraba y vendía tierras y que llegaría, al final de su vida, a promover la construcción de casas en Huelva. Su simpatía era tal, que el tren de Huelva no partía en tanto que Benito no llegara a la estación de Cumbres Mayores con su proverbial cachaza… Era Hinojales por entonces un pequeño pueblo que acababa de salir de la Guerra Civil sin que en sus calles se hubiera fusilado a una sola persona. Mi padre gustaba de recordar, en sus últimos años, la marcha del alcalde Uceda Romero, republicano y amancebado, con su eterno antagonista, el cura de derechas, a pie por la carretera, en el verano de 1936, al encuentro de la columna fascista –que venía a tomar la aldea y a fusilar a una nutrida lista de izquierdistas–, la entrevista entre esos dos improbables embajadores y el jefe falangista del convoy, y su feliz resultado: ni un solo muerto en medio de una España teñida de sangre. La anécdota tiene otros corolarios, más familiares: mi abuelo escondió a varios fugitivos en su pajar durante la guerra y mi abuela Ana, de simpatías republicanas, siempre aconsejaría a mi padre que no se significase políticamente.

Máximo, el más pequeño de los cuatro hermanos, nació un 4 de julio en una aldea que quedaba a oscuras durante las tormentas –hasta que se reparaba el generador– y aislada por las nevadas en invierno. Niño superdotado, aprendió a leer solo, para asombro de todos en aquel remoto pueblo de posguerra y, por recomendación de los maestros, la familia se trasladó a Huelva en 1949 para que mi padre estudiara en el instituto. La muerte repentina de mi abuelo, pocos años después, los arruinó y obligó a la madre y a los dos hijos mayores a sacrificarse por el futuro de mi padre y de su hermano Mauricio, delineante e inclinado a los cálculos matemáticos. Esa ciudad, hoy ahogada por el desarrollismo, era entonces –como mi padre recordaba a veces– una pequeñísima capital con cierto encanto provinciano. La familia saldría de allí en 1957 con el fin de que Máximo pudiese estudiar Filosofía y Letras en Sevilla. En esta universidad conoció a su maestro Agustín García Calvo, un profesor estimulante y tan moderno para aquellos años que el franquismo lo privaría de su cátedra poco después, en 1965. En cualquier caso, el magisterio de García Calvo hizo que mi padre, su mejor alumno de entonces, cambiase su inclinación juvenil hacia la filosofía por las lenguas clásicas. Desde ese momento dedicó todas sus energías a aprender latín y griego y a labrarse una carrera como helenista, a redactar una tesis y a preparar –cuando la relación con su tutor, Martín Ruipérez, se enfrió– unas oposiciones de instituto, a las que, afortunadamente, nunca hubo de presentarse.

En 1964 se licenció en Filosofía y Letras y en 1969 se doctoraría con una difícil tesis sobre los himnos cristianos. En 1973 ganó la agregación en Sevilla, y más tarde la cátedra, pero nunca renunciaría del todo ni a la ciudad del Tormes ni a esa doble naturaleza de andaluz de frontera entreverado de castellano. Por contraste con la alegre capital del sur, el ambiente salmantino de su etapa de especialidad y primeros años como profesor no numerario sería mucho más austero: mi padre siempre recordaba su llegada en 1961 a una ciudad fría, provinciana y triste, de oscuras pensiones y rutinarias casas de comida, llena de curas y monjas.

Pronto conocería a mi madre, que había cursado Magisterio y luego sería pintora, y a amigos como el mismo Agustín, Eduardo del Estal, Feli Mediero, Asunción Franco, Francisco García Tortosa o el cantautor Chicho Sánchez Ferlosio.

Era mi padre un pedagogo nato, un maestro tan dotado como poco inclinado a los espejismos metodológicos, los proyectores y las pantallas. De hecho, cuando le pregunté de pequeño qué era un pedagogo, me contestó –aún lo recuerdo– que era el esclavo que acompañaba en la antigüedad a los escolares al colegio. Su lógica era inapelable: sólo se podía aprender a traducir traduciendo y estudiando, sin atajos ni desvíos. Lo recordaré siempre preparando por la noche la clase del día siguiente, repasando sus notitas y guardándolas después en una modesta carpeta que llevaba siempre bajo el brazo. Sus utensilios de trabajo eran sumamente sencillos: los tomos azules de Oxford, las fotocopias de un diálogo de Platón repletas de menudas anotaciones, su voz grave y tenue, una tosecita y un pañuelo que nunca lo abandonaban.

La universidad en la que él había ingresado como alumno en 1957 no se parecía en nada a la que dejó en 2009. De hecho, cada vez que yo me quejaba de las novedades académicas, se felicitaba, con una sonrisa, de haberse jubilado "justo a tiempo", es decir, justo después del comienzo del nefasto plan Bolonia de 2007. Pero ya había asistido antes, desde los años setenta, a una inacabable lista de despropósitos legislativos, al eterno desfile de los planes de estudio –siempre alabó el de la Hispalense de 1985 que yo cursé– y a la lenta e inexorable degradación de la Enseñanza Media, que tanto nos afecta hoy. Sus últimos cursos fueron para él un auténtico suplicio, con alumnos cada vez más apáticos y menos preparados, incómodas revisiones de examen y una auténtica inflación burocrática y pedagógica. Él miraba todas estas miserias con una ironía resignada y *gracianesca*, porque sabía que no podía sustraerse a ellas. Pero, en cualquier caso, siempre me aconsejó ser profesor universitario, por dos razones justísimas: la universidad era un refugio y también un trozo del mejor de los mundos posibles; y los demás trabajos que pudiera ejercer serían siempre forzosos y mucho menos agradables que enseñar a los jóvenes la propia disciplina a la que uno ha dedicado su vida.

Hombre profundamente consecuente, vivió de acuerdo con su ética hasta el último día de su vida. En el país de las componendas, supo evitar los favores y las recomendaciones, y sufrió por ello con paciencia el desvío de algunos de sus colegas. Como es lógico, trabajó casi siempre solo, como quien les habla, porque la universidad es, en el mejor de los casos, una república de hombres solos. Aun así, colaboró en algunos equipos y tuvo buenos amigos entre sus antiguos compañeros de estudio, como Luis Lerate, Manuel Bernal Rodríguez y Rafael Becerra Márquez; y entre sus colegas, como Antonio Sancho, Enrique Ramos, Bartolomé Segura, Antonio Villarrubia y Rocío Carande, nieta del insigne historiador palentino y sevillano. No hace mucho que había recibido el tomo de homenaje a otro gran amigo, Manuel García Teijeiro. Y unos meses antes que él falleció

prematuramente uno de sus discípulos, Guillermo Montes Cala, catedrático de la Universidad de Cádiz.

Fue mi padre un investigador y traductor notable, y en definitiva un sabio de otros tiempos en su afán por entenderlo todo. De hecho, desconfiaba de los especialistas en una sola cosa y de las gentes sin curiosidad y sin lecturas. Era un erudito laborioso y un tanto desmemoriado, con una excelente mala memoria que sólo olvidaba los detalles banales, los chistes o las agudezas sevillanas. Evitaba los apriorismos y dogmatismos, las presuposiciones infundadas y las falsas ideas de conjunto. Prefería los cotejos minuciosos, la filología del texto, las hipótesis realistas y el empirismo. Cuando muchos se preguntan si la filología es una ciencia, habrá que responder que sí lo fue para él, que tanto renegaba de las interpretaciones caprichosas y de la posmodernidad crítica más desbocada, que hoy está llegando a nuestras facultades.

En el terreno de la ecdótica, su criterio era igualmente empírico y, en lo posible, conservador del texto original, representado, a poder ser, por un *textus receptus* de valor reconocible. Él mismo se definía, en fin, como un *neolachmaniano* moderado, libre de las rigideces y los mecanicismos del método de Lachmann. En su reciente homenaje a su amigo Giuseppe Giangrande definió así los dos extremos del debate: "Los dos métodos, el de la pronta conjetura, muchas veces asilvestrada y caprichosa, y el del apego a la transmisión (…)".

Acaso vencía sus reservas y su timidez por escrito, en afiladas cartas, en artículos y notas. La reseña acerada era una de sus armas más precisas para llegar a la verdad. A menudo ésta crecía hasta convertirse en una nota punzante, en un artículo-reseña o en una constelación de publicaciones, y alguna vez –doy fe de ello– hasta en un libro. Esa crítica fina no era nunca arbitraria, sino asentada en pacientes lecturas, madurada en largas tardes de reflexión o en pausadas conversaciones a dúo. En materias literarias, mi padre acertaba casi siempre, ya se tratara de juzgar la obra de Platón o Aristófanes, la de Cervantes, la de su amigo Rafael Sánchez Ferlosio –al que consideraba un experimentador nato, ajeno a cualquier escuela o moda– o las columnas de opinión de la prensa.

Sus aquilatadas traducciones le permitieron reflexionar largamente sobre la recta interpretación de las obras antiguas. En la introducción a *Las Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (1986), dejó asentado su ideal de traducir del modo "lo más literal posible", sin ahorrar una dura crítica a los "raros especímenes de la poco gloriosa historia de la traducción española de textos clásicos", que él mismo contribuyó a dignificar notablemente. Una buena parte de su tarea como filólogo clásico consistió en despejar la fronda de las malas interpretaciones y las enmiendas inútiles, que él solía asociar en especial con los modernos investigadores anglosajones, a los que consideraba casi siempre tan inventivos como ayunos de conocimientos de lenguas clásicas. En esas mismas páginas introductorias decía preferir el criterio del editor más "filológicamente conservador" del

poema original y condenaba las correcciones modernas "innecesarias o disparatadas". En este punto, su argumento perenne fue distinguir a los filólogos clásicos que sabían griego o latín de los que se dedicaban a otras tareas para disimular esa grave carencia.

Sobre esto, recuerdo ahora cuánto me intrigaban de niño las conversaciones de dos grandes amigos, mi padre y Luis Lerate, el traductor al castellano de *Beowulf* y de las *Eddas*, acerca de sus respectivas traducciones. Luis recitaba con su feliz memoria fragmentos –que sonaban entonces aún más enigmáticos en mis oídos– de la prosa rítmica castellana en la que él vertía la salmodia islandesa y consultaba a mi padre sobre la cadencia épica de los versos. Detrás de ellos, en la plaza de América del parque de María Luisa, se oían los acordes desafinados de un organillo destartalado o el pregón de un vendedor de camarones, con su cesta y su servilleta, y los chicos jugábamos a las adivinanzas...

La prosa académica de mi padre fue evolucionando desde la sencilla elegancia de la introducción a su traducción de *Dafnis y Cloe* de Longo y de *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio en 1982 hacia un estilo algo más tenso, como el de la introducción a *Las Argonáuticas*, y últimamente hacia una red tupida de paréntesis, añadidos e incisos que desvelaba un pensamiento lleno de matices e irisaciones. A menudo me tocó traducir al inglés los preceptivos resúmenes de sus últimos artículos destinados a las revistas especializadas y siempre tenía que advertirle que esa lengua admitía mal los muchos meandros y afluentes de su sintaxis.

Escribía una prosa literaria elegante y sumamente precisa, que es la de sus bellas y exactas traducciones del griego. Precisamente había sido, de muy joven, poeta aficionado, y llegaría a ser, ya entrado en la *setentena*, un cuentista estimable, autor de tramas sutiles con personajes complejos y bien dibujados, en una dedicación absorbente de bastantes meses que abandonó bruscamente un año antes de dejarnos. Para esa tarea se pertrechó de numerosas colecciones y antologías del género y meditó largamente sobre su definición y tipología, desde Chejov hasta Carver.

La enorme y austera mesa metálica de mi padre –una Roneo gris que parecía sacada de un negociado antiguo– contiene una masa de carpetas llenas de recortes, fotocopias y una infinidad de apuntes, porque nos ha dejado miles de papelitos garabateados con anotaciones, escolios y trazas de artículos, en un desorden ordenado que no podemos discernir. Entre los legajos, surgen fotos y recuerdos de juventud –su infancia sólo vive ya en el recuerdo de sus hermanos mayores–, fichas de alumnos, facturas, separatas y tarjetones de hoteles...

Era un hombre de costumbres morigeradas y quizás su único exceso fue el de pensar y leer, y su único lujo, el de los libros. Una curiosidad voraz lo guiaba. Aún me parece verlo en La Roldana de Sevilla o en la librería Cervantes de Salamanca, buscando, si no novedades, sorpresas. Leía con la avidez del niño

de pueblo y del joven provinciano que desea saberlo todo y que no pudo tener, cuando más los necesitaba, muchos libros cerca. Se formó en la época de las malas bibliotecas universitarias –a menudo custodiadas por celosos veteranos de guerra, según mi padre recordó alguna vez– y de las sacrificadísimas bibliotecas personales de los profesores. De ahí seguramente su poderosa retentiva: un libro o un periódico hojeado años o décadas antes se convertía en un digesto de datos que surgirían en una charla cualquiera, para apuntillar un detalle o rematar un argumento bien decantado sobre economía, ciencia, política, arte o literatura. Y eso en un hombre que se excusaba siempre, de antemano, por su mala memoria para las caras, los títulos o los versos, pero que fue capaz de atesorar una biblioteca de ideas –que no de palabras– en su ordenadísima cabeza de estudiante modelo.

Meticuloso y sumamente organizado, de infinitas reservas y de estudiados rituales, mi padre vivió y murió de acuerdo con un método; aspiró a una dorada medianía, a una elegancia que no quería serlo. Ahora nos damos cuenta cabal de que construyó, detalle por detalle, un mundo a su medida, frente a las mil importunidades de la vida moderna. Por ejemplo, había decidido hace más de tres décadas no salir de casa después de las dos de la tarde, y eso nada menos que en la ciudad más nocturna del mundo y donde las tardes son largas y luminosas. La explicación era tan simple para él como difícil para los demás: mitigar la tentación, tan sevillana, de perder apaciblemente el tiempo en cualquier esquina, en una alameda o en la terraza de un bar. Así, desde su atalaya de Los Remedios, desoía los halagos de la muy femenina Sevilla: nada de paseos por el río, nada de jardines, Feria de abril, Corpus ni procesiones. Para vivir en esa ciudad hubo de vivir casi fuera de ella, pero sin caer tampoco en la tentación suburbana, porque sentía que el Aljarafe o Santa Clara –tan de moda en los setenta– lo obligarían a perder aún más tiempo de sus preciosas lecturas. En suma, Sevilla sin Sevilla para un andaluz casi extremeño y casi norteño en las reticencias, un salmantino de adopción y un español singular que prefería el silencio al ruido y la discreción a la publicidad. Con esa ventaja, fue capaz de leer, tarde a tarde, miles de libros, y de pensarlos y recordarlos todos.

Los viajes, siempre en autobús o en un tren no demasiado rápido, porque le aterraba la idea de aislarse de la tierra, ya fuera meciéndose sobre un puente colgante, entre las alas de un avión o en el casco de un barco. Vivió un poco como aquellos rutinarios personajes de *El turista accidental* de Anne Tyler –y la versión en cine de Lawrence Kasdan, una de sus películas favoritas–, pero sin los practicismos del mundo norteamericano que hacían más llevadera la vida a aquellos seres excéntricos. La otra gran diferencia que lo separaba de ellos –casi no hace falta decirlo– era su insaciable afán de saber. A veces me pregunto si mi padre hubiera sido más feliz de no haberse impuesto un sistema tan rígido, pero también pienso que su curiosidad lo hubiera retenido de todos modos en el sofá, con un libro en la mano y, más tarde, al caer la noche, frente a un largometraje clásico o un documental.

En ese mundo cada vez más reducido, la revolución digital fue para él un alivio considerable, pues se convirtió inmediatamente en un turista y hasta en un paseante digital: visitaba museos, ciudades o países lejanísimos, consultaba bibliotecas y se carteaba con numerosos amigos. De hecho, siempre seguía mis viajes por medio mundo a través de internet, deteniéndose en cada una de mis etapas y documentándose profusamente. Incluso copiaba mis archivos de fotos para rehacer a su modo el mismo recorrido sobre la pantalla de su portátil.

La casita de verano de Sanlúcar de Barrameda supuso otra liberación, pues allí podía contemplar el paisaje, recorrer las callejas, asomarse a los zaguanes y charlar con los vecinos o con sus tertulianos de la hora del café. Por fortuna, quizás presintiendo el final, pasó allí sus últimos meses y hasta proyectaba escribir unas semblanzas sanluqueñas a partir de unas notas manuscritas que tengo ahora sobre la mesa y en las que mi padre recogía la vida cotidiana del pueblo en sus anécdotas, su callejero o sus personajes más singulares. Pero no se piense que había caído en el *ternurismo* local, el costumbrismo o la ingenua nostalgia del anciano que recuerda sus años mozos, pues su mirada sobre las cosas seguía siendo lúcida y desengañada. Así, por ejemplo, su evocación de la juventud era la de un país dormido y atrasado, sometido a un régimen rígido e inoperante, con una economía limitadísima en la que no existían, para el ciudadano común, ni el impuesto de la renta ni casi las cuentas corrientes, y donde se cobraban los sueldos en efectivo; un mundo en el que las mujeres no tenían pasaporte y las parejas no podían besarse en público...

Una de sus frustraciones fue no haber podido aprender idiomas en aquella España autárquica de su juventud, y a menudo ponía el ejemplo, muy conocido, de su maestro, el políglota Antonio Tovar. No obstante y siempre como autodidacta, leía alemán, francés, inglés o italiano y estudió algo de ruso por su cuenta. Y es frecuente encontrar por casa gramáticas de lenguas aún más raras, compradas con la intención de conocer algunos rudimentos de todos los idiomas que fueran posibles. En los últimos años sus lecturas de novela inglesa del XIX y principios del XX –Trollope, Jane Austen, Katherine Mansfield... pero no tanto Dickens, al que consideraba un autor demasiado sensiblero y oportunista– fueron tan profusas y detenidas que llegó a traducir competentemente el inglés escrito de la época, dejándonos a todos pasmados con su dominio libresco de un idioma en el que, sin embargo, no podía hablar o seguir una conversación. Era en esto un caso aún más curioso que los famosos de autores como Conrad o Nabokov, que nunca perdieron su acento extranjero en inglés a pesar de ser grandes escritores en esa lengua.

He de confesar que no tuve que leer libros malos porque sus recomendaciones eran siempre atinadas y adaptadas a mi edad. De hecho, mi padre distinguía a los escritores y los géneros *juveniles* –la poesía, la novela *entusiasta* y *adolescente* desde Nietzsche hasta Henry Miller– y los de madurez, como Conrad, Stevenson, Joyce, Lowry, Huxley, Bellow y muchísimos más; a los más vitalistas y

auténticos de los intelectuales y abstractos. Su criterio en novela era infalible, al menos a mis ojos: podía descubrir las mañas o los automatismos del narrador más hábil, ya fuese éste Borges o Martin Amis. Durante décadas hemos intercambiado libros y lecturas: si él exhumaba a un inglés victoriano, yo contraatacaba con un narrador argentino o guatemalteco o –el pasado verano, que sería el último– con las crónicas africanas de Kapuściński. En mis estantes le aguardaban libros muy variados, desde Wilkie Collins a Francisco Tario. Cuando encontraba a un autor que le interesaba, devoraba todos sus libros y cartografiaba mentalmente su obra, estableciendo subgéneros, auges y decadencias y señalando sus limitaciones y bloqueos. Los últimos años los dedicó a los ingleses y norteamericanos contemporáneos, aunque no sólo a ellos, pues nos ha dejado un auténtico tesoro de cuentos rusos e hispanoamericanos y de novelas y relatos de Walser, Sebald, Lem, Vila-Matas, Bolaño y muchos otros. Hasta los escritores que denostaba le merecían una lectura detenida: por ejemplo, a ratos perdidos desentrañó la narrativa de Javier Marías, al que consideraba un novelista fallido, aunque muy promocionado por las grandes editoriales españolas.

Aunque nada superaba su interés por la literatura en general, continente por continente y país por país, fue aficionado a muchas otras materias, desde la música clásica contemporánea a la antropología, la geografía, la historia o la política. Siendo niños mis hermanos y yo, le escuchábamos muchas veces en las sobremesas verdaderas lecciones sobre cualquier tema, desde el indoeuropeo o la epopeya serbia descrita por Milman Parry hasta la narrativa rusa o la novela española actual.

Le debemos muchas conversaciones impagables, a menudo en la semioscuridad de las largas tardes sevillanas o sanluqueñas, sobre cine o música, ciencia o arte, folclore o historia. Recuerdo en particular algunos momentos: muchas veces nos preguntábamos cómo definir la novela o el cuento, y ahí él ganaba siempre por sus lecturas oceánicas; en otra ocasión asentaba las diferencias entre la prosa y el verso o entre la poesía clásica y la moderna. Me vienen también a la memoria su crítica, muy aguda, a las variaciones de Tchaikovski o su contraste entre la cultura latina y la griega, rematado con un repaso de la latinidad tardía, la Edad Media y el humanismo renacentista, tan criticado por él. Porque su curiosidad era enciclopédica, ya se tratase de las teorías lingüísticas de Chomsky, del Boom latinoamericano, del psicoanálisis de Freud o de la música de Béla Bartók. Otro de sus intereses era la política, donde defendió un ideario tan progresista como equilibrado, en el que no cabían ni el neoliberalismo de cuño anglosajón ni los dogmatismos de la sedicente izquierda revolucionaria.

Y ahora nos ha dejado, como siempre lo hacía: sin ruido. Hace unos meses, cuando se sintió mal, se refugió en el cuarto más remoto de la casa y se dispuso a no estar enfermo, es decir, a no molestar, a no rogar ni infundir lástima y, sobre todo, a no llamar al médico.

Ya no lo veremos sonreír irónicamente ante un error ajeno, ni apuntar con suavidad una contradicción, ni proponer la definición de un estilo, un género o una época literaria. No volveremos a escribir al alimón o a enviarnos mutuamente recortes de prensa o borradores de artículos y notas. Su último correo electrónico sobre la cuestión catalana, que tanto debatimos hará unos meses y que tanto le disgustaba, aún aparece en mi carpeta de entrada...

Fue el alma de esta revista durante muchísimos años, en ella publicó y publicamos reseñas y artículos, y siempre lo recuerdo corrigiendo una resma de pruebas de *Habis.* En estas páginas firmo ahora esta impensada despedida.

Adiós, querido padre.

Héctor Brioso Santos
Universidad de Alcalá de Henares